



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

«LOS INSTITUTOS SECULARES,
ARQUETIPO DE LA PRESENCIA DEL EVANGELIO
Y DE LA IGLESIA EN EL MUNDO»

Al Congreso de Institutos Seculares

En el LX aniversario de la Constitución Apostólica «Provida Mater Ecclesia»
Madrid, 23 junio de 2007

1. Introducción

Hay una página del Evangelio que viene a mi memoria y a mi corazón siempre que pienso en los Institutos Seculares. Me refiero al texto de Lc 4, 16-22. Quiero comenzar esta reflexión con el deseo de que sepamos acoger en nuestra vida esta palabra, porque estoy seguro que, así, será más fácil entender lo que en este día deseo comunicaros.

«Vino a Nazaré, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día del sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca»¹.

¡Qué hondura tiene el testimonio que da el Señor de sí mismo y que el Evangelio de Lucas recoge con tanta precisión! Por otra parte, todo esto que el Señor afirma que se cumple en Él, debe ser anunciado a todos los hombres, por eso añade: *«También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado»²*. Con estas palabras, pronunciadas por el Señor mismo, se diseña de una manera clara la misión para la que Jesús se manifiesta como enviado del Padre. De tal manera que, todos los aspectos del Misterio del Señor (Encarnación, milagros, enseñanzas, envío de discípulos, crucifixión, muerte y resurrección), son parte de su actividad evangelizadora. Desde el principio, hubo hombres y mujeres que acogieron con sinceridad la Buena Nueva que es Cristo mismo. Y Nuestro Señor hizo de ellos una comunidad que es, también, evangelizadora. Así, pues, el mandato expresado a los Doce: *«Id, pues, y haced discípulos a*

¹ Lc 4, 16-22

² Lc 4, 43

todas las gentes»³, es extensible, aunque de manera diversa, a todos los cristianos. De ahí la fuerza que tienen las palabras del apóstol Pedro cuando nos dice: «*Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*»⁴.

En las palabras del Señor que antes recordaba _«*también a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios*»⁵, la Iglesia sabe que son verdad fundamental para Ella misma, tal como lo ha vivido desde su origen. Es bueno traer a la memoria unas palabras de los Padres del Sínodo de 1974 sobre la evangelización del mundo contemporáneo: «*Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia*»⁶. Aquí quisiera yo insertar el origen y la misión, el ser presencia cualificada y clara del Evangelio y de la Iglesia en medio del mundo, de los Institutos Seculares. Se da un nexo profundo, íntimo, original, entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Hasta que el Señor vuelva, la Iglesia tiene en este tiempo y a su cargo la tarea de evangelizar. Tarea grande y maravillosa, que no se puede desempeñar sin ella y, por supuesto, mucho menos contra ella. Es, en esta misión maravillosa que el Señor ha encomendado a la Iglesia, donde tenemos que ver inscritos a los Institutos Seculares. Recordemos unas palabras que el Papa Juan Pablo II dirigió el día 28 de agosto del año 2000, en la acogida que hizo a los Institutos Seculares con motivo de su Congreso Mundial en Roma: «*En el año del gran jubileo la Iglesia invita a todos los seglares, pero de una manera especial a los miembros de los institutos seculares, a comprometerse en la animación evangélica y en el testimonio cristiano entro de las realidades seculares. Como dije durante nuestro encuentro con ocasión del 50º aniversario de la 'Provida Mater Ecclesia', os halláis, por vocación y misión, en la encrucijada entre la iniciativa de Dios, que lleváis al mundo mediante el amor y la unión íntima con Cristo; la espera de la creación, que compartís en la condición diaria y secular de vuestros semejantes (cf. n.5. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 7 de septiembre de 1977, p. 6). Por eso, como seglares consagrados, debéis vivir con conciencia activa las realidades de vuestro tiempo que el seguimiento de Cristo, que da sentido a vuestra vida, os compromete seriamente frente al mundo que estáis llamados a transformar según el proyecto de Dios*»⁷.

Pretendo reflexionar sobre dos aspectos que creo que son esenciales en la vida y en la misión de los Institutos Seculares. Aunque ambos tienen una unidad total y no se pueden separar, sin embargo quisiera distinguirlos en esta intervención.

- a. Los Institutos Seculares, «arquetipo de la presencia del Evangelio y de la presencia de la Iglesia en el mundo».
- b. Los Institutos Seculares, «testigos de Jesucristo en medio del mundo».

³ cf. Mt 28, 19-20

⁴ 1 Pe 2, 9

⁵ cf. Lc 4, 43

⁶ cf. *Declaración de los Padres Sinodales*, n. 4. L'Osservatore Romano (26 octubre 1974), p. 6

⁷ Juan Pablo II, *A las religiosas y religiosos*, t. XI, Herder, Barcelona, 2002, n. 226

2. Los Institutos Seculares, «arquetipo de la presencia del Evangelio y de la presencia de la Iglesia en el mundo»

2.1. Algunas reflexiones desde la eclesiología para entender y situar a los Institutos Seculares en la misión de la Iglesia y como presencia viva del Evangelio

¡Cuántas imágenes de la Iglesia se nos han presentado a través de la historia! Hay una pregunta que debemos hacernos siempre cuando intentamos ver a la Iglesia por y desde uno mismo. Es esta: ¿cómo puedo encontrarla? ¿Qué rasgos le pongo y dibujo?

A la Iglesia hay que verla desde quien la hizo y diseñó. Hay algo precioso en la vida de la Iglesia, algo que extraña y que incluso a algunos los pudiera escandalizar, pues Ella se ha desposado con todas las características humanas, con todas las maneras complejas y las inconsecuencias que tenemos los hombres, con todas las contradicciones infinitas con las que vivimos. No nos debe escandalizar _como ya sucedió desde el comienzo mismo de la Iglesia, cuando apenas se habían traspasado las fronteras de Jerusalén_ que algunos de los que eran sus miembros reflejasen en su rostro las miserias de la humanidad. Pero, vamos a fijarnos en lo más esencial: la Iglesia es humana y divina. Sí, la Iglesia se nos ha dado desde arriba y procede de abajo. Quienes la componemos nos resistimos con todo el peso de nuestra naturaleza herida y torpe a esa vida que la Iglesia se esfuerza por inyectarnos. La Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo y nosotros que somos miembros vivos de la misma, no cesa un solo instante _ya que si lo hiciera moriría y es inmortal_, de contemplar a aquél que es a la vez el Crucificado y el Resucitado, el Hombre de dolores y el Señor de la gloria, el que podríamos llamar vencido del mundo y el Salvador del mundo; su esposo, cubierto de sangre, y el maestro triunfante, que con su corazón absolutamente abierto e infinitamente secreto, es de donde la Iglesia sabe que recibió sus existencia y recoge en cada instante de su historia esa vida que nos quiere comunicar a todos, que no es más que el Evangelio vivo: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

¿Cómo comprender a esta Iglesia? El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen gentium*, nos ha dicho verdades maravillosas que hemos de incorporar a nuestra existencia para captar lo que es la Iglesia y lo que nosotros significamos en Ella. «*La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*»⁸. Pero descubrimos mucho más en esta Constitución sobre el misterio de la Iglesia: «*El misterio de la Iglesia se manifiesta en su fundación. En efecto, el Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras: Se ha cumplido el plazo y ha llegado el Reino de Dios (Mc 1, 15; cf. Mt 4, 17). Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo...Por eso la Iglesia enriquecida con los dones de u Fundador y guardando fielmente sus mandamientos del amor, la humildad y la renuncia, recibe la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios. Ella constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra. Mientras va creciendo poco a poco, anhela la plena realización del Reino y espera y desea con toda sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria*»⁹.

Hay una palabra muy sencilla, pero tremendamente humana, la más humana, quizá es la primera de todas las palabras: 'madre'. Pues la Iglesia es nuestra madre. Sí, toda la

⁸ LG 1

⁹ LG 5

Iglesia; la Iglesia es mi madre porque me ha dado la vida, es mi madre porque no cesa de mantenerme y porque por poco que yo me deje hacer, me lleva a profundizar cada vez más en la vida. Y si en mí esa vida es frágil, y aunque escuche todos los reproches que pueda imaginar sobre Ella, yo sé que toda la vida de la Iglesia está en un sacramento; está toda Ella en un Santo: el Hijo de Dios, Jesucristo. Tiene tal belleza la Iglesia que, aunque solamente brillara su esplendor a través de un único punto, sería siempre el testimonio de su fuente, que es Cristo mismo. La Iglesia es nuestra madre porque nos da a Cristo, hace nacer a Cristo en nosotros y nos hace nacer a la vida de Cristo.

2.2. La Iglesia en las entrañas del mundo, llevando a Jesucristo, a través de los Institutos Seculares

2.2.1. María y la Iglesia

La imagen más bella para poder comprender a la Iglesia surge de la contemplación de María nuestra Madre. Hemos de saber contemplar a María entregando, mostrando y dando rostro a Cristo en esta historia. ¡Qué bien viene escuchar estas palabras!: *«Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el ángel del Señor, y la gloria del Señor les envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes el Señor se complace»¹⁰.*

La Virgen María como la Iglesia, dando y mostrando a Cristo; como la Iglesia, de nuestra Madre la Virgen María, nace Cristo para nosotros por obra del Espíritu Santo; la Iglesia nos da a conocer a Jesucristo y también por nuestra Madre la Virgen María, por Ella, hemos conocido a Jesucristo. Os habéis preguntado alguna vez esto: ¿qué podría saber yo de Jesús, qué vínculos habría entre nosotros dos, sin la Iglesia?

2.2.2. Breve historia de los Institutos Seculares

La historia de los Institutos Seculares es, en cuanto tal, muy reciente, aunque si vemos la vida de la Iglesia en su conjunto, ha habido expresiones de consagración secular en todos los tiempos. Pero, deteniéndonos en lo más próximo a nosotros, diríamos que fue el Papa Pío XII quien promulgó en el año 1947 la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, donde se aprobaban y reconocían las sociedades clericales o laicales, cuyos miembros viven en el mundo y profesan los consejos evangélicos para vivir la perfección cristiana y ejercer plenamente el apostolado. Este documento se presentó como muy innovador. Fue más claro el Motu proprio *Primo feliciter*, también de Pío XII, que intentaba resaltar la dimensión original de una vocación nueva y distinta de la religiosa, en la que la secularidad es parte sustancial de la consagración de los miembros. Más tarde la

¹⁰ Lc 2, 1-14

Instrucción *Cum sanctissimus*, de la Congregación de Religiosos, sentará las condiciones para la erección de los Institutos Seculares.

El Concilio Vaticano II dedica poco espacio a los Institutos Seculares, pues les cita expresamente en el Decreto *Ad gentes* (n. 40) y sólo en el Decreto *Perfectae caritatis* (n. 11) se habla más extensamente de ellos. Después, se da un paso importante con la Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae universae*, sobre la reforma de la curia romana (1967), con lo que la Congregación de Religiosos pasará a llamarse Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, con lo cual se corrobora la distinción entre ambas formas de consagración. En el posconcilio ha sido determinante el magisterio del Papa Pablo VI, para poder comprender y definir teológicamente los Institutos Seculares.

Por otra parte, el Código de Derecho Canónico (1983) ofrece un claro marco legislativo de los Institutos Seculares, pues distingue muy bien entre lo que es vida consagrada y vida religiosa, como dos categorías iguales en su dignidad en el interior de la Iglesia. La normativa jurídica sobre Institutos Seculares se aborda en el Libro II, *Del Pueblo de Dios*, en el que se dedica una parte a los Institutos de Vida Consagrada y a las Sociedades de Vida Apostólica. El título III, «De los Institutos Seculares», el Código legisla en los cánones 710 a 730.

2.2.3. La Iglesia canal que da la luz y fuerza del Evangelio

La humanidad tiene una necesidad imperiosa de Cristo, de cumplir con su destino divino, tiene necesidad de la victoria de Cristo. Esta humanidad tiene que convertirse en su cuerpo, para entrar en Dios con él. La humanidad ha sido adoptada en el Hijo y será transfigurada y purificada cuando tome la forma de Cristo. Todo esto tiene que realizarse por la Iglesia, así lo ha querido Jesucristo; tiene que realizarse en el seno de la Iglesia. Por eso, el Espíritu de Cristo ha puesto en Ella un poder único de divinización. En ese sentido la Iglesia es el sacramento de Cristo, como antes recordaba con un texto de la Constitución *Lumen gentium*. La Iglesia es el canal por donde llega hasta nosotros la luz y la fuerza del Evangelio. La Iglesia es el eje alrededor del cual tiene que realizarse en nuestra historia la gran reagrupación mística; es el eje del progreso, como diría Teilhard de Chardin, «*la corriente axial de la vida*».

La Constitución *Lumen gentium* afirma: «*Todos los miembros tienen que transformarse en Él hasta que Cristo se forme en ellos (cf. Gál 4, 19). Por eso somos integrados en los misterios de su vida: con Él estamos identificados, muertos y resucitados hasta que reinemos con Él (cf. Fl 3, 21; 2 Tim 2, 11; Ef 2, 6; Col 2, 12)...Cristo ama a la Iglesia como a su esposa. Él se convirtió en modelo del hombre que ama a su mujer como a su propio cuerpo (cf. Ef 5, 25-28); la Iglesia, por su parte, obedece a su Cabeza (ib. 23-24). Pues en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2, 9). Él colma de sus dones divinos a la Iglesia, que es su cuerpo y su plenitud (cf. Ef 1, 22-23), para que aspire y llegue a la plena perfección de Dios (cf. Ef 3, 19)...La Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de los bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y humano. Por eso, a causa de esta analogía nada despreciable, es semejante al misterio del Verbo encarnado*»¹¹.

2.2.4. Desde la secularidad consagrada colaborando con Cristo

Ciertamente, del Sacramento del Bautismo brota y arranca la llamada universal a la santidad, y también es cierto que los caminos de realización existencial son diversos. Hay

¹¹ LG 7 y 8

maneras diferentes de colaborar con Cristo en la salvación de todos los hombres. Así fue desde el inicio mismo de la vida de la Iglesia. Una de estas formas es la secularidad consagrada, que como nos dice el CIC cuando habla de los Institutos Seculares (cc.710-730), comienza precisamente con una definición: «*Un instituto secular es un instituto de vida consagrada en el cual los fieles, viviendo en el mundo, aspiran a la perfección de la caridad, y se dedican a procurar la santificación del mundo sobre todo desde dentro de él*»¹². Los miembros de un Instituto Secular colaboran con Cristo en la salvación de todos los hombres a través de su secularidad consagrada, y consagrada no sólo por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, sino por una aceptación especial y particular de la llamada de Cristo a participar más íntimamente y más radicalmente en la obra de salvación universal en medio de mundo. ¡Qué fuerza tiene en la vida de la Iglesia la consagración de la secularidad! Nos lo ha recordado el Papa Pío XII, que fue quien dio carta de ciudadanía en la Iglesia a los Institutos Seculares.

En la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* de 1947, Pío XII afirma que los Institutos Seculares son tan estados de perfección, como puedan serlo los Institutos Religiosos con las peculiaridades que éstos tienen, tal como nos recuerda y renueva el Concilio Vaticano II: «*Los Institutos seculares, aunque no son Institutos religiosos, comportan, sin embargo, una plena y auténtica profesión de los consejos evangélicos en el siglo, reconocida por la Iglesia. Esta profesión confiere una consagración a los hombres y mujeres, laicos y clérigos, que viven en el mundo. Por tanto han de buscar principalmente la total dedicación a Dios por la caridad perfecta y los institutos han de conservar su carácter propio y peculiar: la secularidad. Así podrán realizar eficazmente en todas partes el apostolado en el mundo y desde el mundo pues para eso fueron fundados*»¹³. El Concilio también nos dice que el apostolado de los Institutos Seculares es de penetración, pues han de trabajar en el mundo para el crecimiento del cuerpo de Cristo. De tal manera que la esencia de este estado de vida es la entrega a Dios y a los hombres en el mundo y con los medios del mundo. La entrega y el apostolado son seculares. Consagración y secularidad, que reproducen de una manera singular el Misterio de la Encarnación en el mundo.

La importancia y la fuerza que tenéis los Institutos Seculares dentro de la Iglesia y al servicio de todos los hombres es muy grande. En este punto resulta necesario recordar aquí y ahora unas palabras proféticas del Papa Pablo VI cuando decía: «*No puede menos de verse la profunda y providencial coincidencia entre el carisma de los Institutos Seculares y una de las líneas más importantes y más claras del Concilio: la presencia de la Iglesia en el mundo*»¹⁴. Y dos años antes, en 1970, dirigiéndose a los asistentes al encuentro internacional de Institutos Seculares, Pablo VI afirmaba: «*¿Abandonaremos o podremos conservar nuestra forma secular de vida? Ésta es vuestra pregunta; la Iglesia ya ha respondido; sois libres para elegir; podéis continuar siendo seculares...Y tendréis así un campo propio e inmenso en que dar cumplimiento a vuestra tarea doble: vuestra santificación personal, vuestra alma, y aquella 'consecratio mundi', cuyo delicado compromiso, delicado y atrayente, conocéis; es decir, el campo del mundo; del mundo humano, tal como es, con su inquieta y seductora actualidad, con sus virtudes y sus pasiones, con sus posibilidades para el bien y con su gravitación hacia el mal, con sus magníficas realizaciones modernas y con sus secretas deficiencias e inevitables sufrimientos...Es un camino difícil, de alpinista del espíritu*»¹⁵. Al año siguiente de dirigir estas palabras, decía a los responsables de los Institutos Seculares, aludiendo a la doble realidad que han de vivir, de la secularidad y de la consagración: «*Ninguno de los dos*

¹² CIC 710

¹³ PC 11

¹⁴ Pablo VI, *A los Institutos Seculares en el XXV aniversario de la Provida Mater Ecclesia*, febrero de 1972

¹⁵ Pablo VI, *Encuentro Internacional de Institutos Seculares*, 26 de septiembre de 1970

aspectos de vuestra fisonomía espiritual puede ser supervalorado a costa del otro. Ambos son coesenciales»¹⁶.

Consagración, secularidad y apostolado son factores identificadores y que caracterizan la identidad de los Institutos Seculares. Por una parte, la asunción de consejos evangélicos como regla de vida confiere una consagración especial a los miembros de los Institutos Seculares que viven en el mundo y buscan la perfección de la caridad, así como el procurar la dedicación a la santificación del mundo. Por otra parte, la secularidad constituye la especificidad de la consagración de los miembros de los Institutos Seculares: vivir las exigencias evangélicas *in saeculo*, en las condiciones de vida ordinaria. Y también asumen el hacer apostolado a partir de las realidades terrenas, que, en definitiva, es presencia evangelizadora en el propio ambiente¹⁷.

En el XXV aniversario de la *Provida Mater Ecclesia*, el Papa Pablo VI había dicho que la secularidad «no representa una condición sociológica, un hecho externo, sino también una actitud: estar en el mundo, saberse responsable para servirlo, para configurarlo según el designio divino en un orden más justo y más humano con el fin de santificarlo desde dentro»¹⁸. Meses más tarde, en el mismo año y con motivo del encuentro con los responsables de los Institutos Seculares, decía: «Secularidad...debe significar, ante todo, toma de conciencia de estar en el mundo como lugar propio vuestro de responsabilidad cristiana. En cuanto a la consagración, se trata de una real y completa consagración de la vida a Dios, realizada en un apostolado de penetración, trabajando en el mundo para el crecimiento del cuerpo de Cristo. La esencia de esta consagración es la entrega a Dios y a los hombres en el mundo y con los medios del mundo. Como estado fijo y definitivo de vida, los miembros asumen su obligación ante Dios, ante la Iglesia y ante su Instituto en forma de un voto público, como público es el Instituto, y es un voto reconocido por la Iglesia. Esta obligación recibe en el Instituto el nombre de consagración».

Quisiera afirmar con fuerza cómo los Institutos Seculares realizan un aspecto originario del Evangelio, pues han de ser *levadura, sal de la tierra*. Los miembros de un Instituto Secular se han de distinguir por la negación de sí mismos y por pasar por el mundo expresando con su vivir el rostro histórico de Jesús, pues están dispuestos a imitar los misterios de la vida oculta de Jesús y a realizar con su vida el misterio de lo divino que atrae. Para ello deben ser como el grano de trigo que muere en la tierra para dar fruto. Vivir esta vocación requiere una llamada muy especial del Señor y una fuerte personalidad, pues se trata de cumplir en medio del mundo los consejos evangélicos a base de una vida sencilla y de una entrega total de la existencia. La presencia en medio del mundo no debe ser solamente testimonial, sino activa y eficiente, pues los miembros de los Institutos Seculares tratan de configurar el mundo según el espíritu del Evangelio¹⁹.

3. Testigos de Cristo en medio del mundo

3.1. En la profundidad del mundo y de la vida de los hombres

La Iglesia está siempre acompañando al ser humano, a toda persona. Los Institutos Seculares nacieron precisamente para realizar este acompañamiento, viviendo su misión

¹⁶ Pablo VI, *Audiencia a los responsables de los Institutos Seculares*, 1971

¹⁷ cf. H. U. v. Baltasar, *Sobre la teología de los institutos seculares*. Teología Espiritual 29 (1985) p. 163-196

¹⁸ Pablo VI, *A los Institutos Seculares en el XXV aniversario de la Provida Mater Ecclesia*, febrero de 1972

¹⁹ cf. H. U. v. Baltasar, *Para una teología de los institutos seculares*. Sponsa Verbi. Guadarrama, Madrid, 1965

con esa profundidad que les caracteriza: «Introducir en la sociedad, las energías nuevas del reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las bienaventuranzas»²⁰. Hay una página del Evangelio en que vemos la entrada de Dios mismo en esta historia para acompañar al hombre y estar a su lado. Lo que hizo la Cabeza, Jesucristo, tiene que seguir haciéndolo su Cuerpo que es la Iglesia. Y lo tiene que hacer como sucedió al principio, con personas que acepten participar y prestar lo que son para que Dios tome rostro humano, como lo hizo la Virgen María: «Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la Virgen era María. Y entrando, le dijo: Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo. Ella se conturbó por estas palabras, y discurría que significaría aquél saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin. María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? El ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»²¹. La fe de los discípulos de Jesús, y muy en concreto de todos los miembros de los Institutos Seculares, como la de María, se tiene que convertir en alma del mundo. Recordemos aquella imagen bellísima de la Carta a Diogneto en la que vemos cómo los cristianos, en medio del mundo, son el alma de este mundo, al tiempo que producen una renovación cultural y social que, ciertamente, trae un beneficio a la Humanidad.

3.2. Girando en torno a dos palabras claves: Dios y el hombre

Como nos ha recordado el Concilio Vaticano II: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación»²². Hay una realidad que me agradecería poder expresar con la máxima claridad, ya que así podemos entender mejor lo que quisiera comunicaros, y que a mi modo de ver es clave, pues si vuestra vida se configura en torno a estas realidades: consagración, secularidad y apostolado, es necesario que descubramos con nitidez cómo el cristianismo gira alrededor de dos palabras: Dios y hombre. En torno a ellas _y vivificados por ellas_ tenéis que construir vuestra vida y realizar vuestra misión.

Es cierto que Dios y hombre son dos realidades diferentes; hay que diferenciarlas, pero no hay que separarlas, pues Dios es Dios. Y es así que la primera posición del ser humano _como ser consciente y libre_ acontece cuando, reconociendo lo que él es por sí mismo, reconoce a Dios como Dios. De tal manera que descubramos claramente que Dios es Dios y el hombre es hombre. ¡Qué importante en la vida y en la historia de la Humanidad es dejar a Dios ser Dios, querer que sea Dios, tener la alegría y contagiarla a quienes están a nuestro lado, de que Dios sea Dios y de que nosotros seamos hombres! Dejar que Dios sea Dios, querer que sea, alegrarse de esta realidad _de que Dios sea Dios_ es poner la primera piedra del edificio de nuestra verdad. Aquí está la clave de nuestra existencia cristiana y aquí está el quid de vuestra consagración y secularidad: pues la alegría de que

²⁰ VC 10

²¹ Lc 1, 26-38

²² GS 22

Dios exista, de su grandeza y de que otros lo conozcan y amen, de que cuente con nosotros, es la primera característica del creyente.

Viene bien traer a la memoria unas palabras de Santa Teresa de Jesús: *«Alégrate, alma mía, que hay quien ame a tu Dios como él merece. Alégrate que haya quien conoce su bondad y valor. Dale gracias que nos dio en la tierra quien así le conoce, como su único Hijo. Debajo de este amparo podrás llegar y suplicarle, pues su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes a apartarte de deleitarte tú y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido en su nombre, y que puedas decir con verdad: ‘Engrandece y loa mi ánima al Señor’»*²³.

¿Queremos edificar sobre fundamento? Reconozcamos que Dios es Dios; dejemos que lo sea, puesto que si no lo hacemos edificaremos sobre arena. ¡Qué grande es comprobar que si Dios no hubiera creído en el hombre, no lo habría creado! Pero creyó en él, tiene fe en el hombre y por eso ha querido que exista. Hay una actitud que funda la relación de Dios con el hombre, pues le otorga su confianza, lo espera y aguarda su respuesta; le ofrece su amor para acompañarle en la travesía que ha de realizar por esta historia. Y así el hombre se sitúa en la realidad del mundo, decidiéndose por Dios, contra Dios o viviendo en una indiferencia que aún es peor. ¡Qué importante es descubrirse hombre! Cuando lo hacemos así, percibimos que no somos Dios, y, precisamente por esto, vemos a Dios en su grandeza y nos descubrimos a nosotros en nuestra indigencia y con nuestros límites.

Los Institutos Seculares, por vuestra consagración y secularidad, tenéis una misión singular en el mundo: servir a que a lo que es constitutivo de lo humano, Dios mismo, sea acogido en la realidad divina que nos funda y se nos revela en Jesucristo; y debéis de hacerlo desde la fuerza, aliciente y atracción que se refleja en vuestra vida. Esto transforma las realidades diversas en las que estéis inmersos. El Papa Juan Pablo II lo expresó muy bien al afirmar: *«La Iglesia no puede abandonar al hombre, cuya suerte, es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están tan estrechamente indisolublemente unidas a Cristo. Y se trata de cada hombre de este planeta...este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención»*²⁴. Y si a esto estamos llamados todos los cristianos, quienes han sido llamados por Dios a consagrarse y a realizar la misión en la secularidad, los son aún mucho más, en razón de su compromiso existencial realizado en libertad a Dios.

3.3. Una espiritualidad de encarnación vivida con el carisma propio

Aquella expresión del Evangelio de San Juan, *«y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»*²⁵, ha necesitado muchos siglos para poder decir cómo es el ser y cuál es la condición de Dios, para que, sin dejar de ser Dios, sin abandonar su trascendencia y su santidad, le haya sido posible existir encarnado, compartiendo la carne de pecado en la que existe el hombre. ¿Cómo es posible que el ser humano no pierda nada de su consistencia, de su autonomía, de su libertad personal, existiendo desde Dios? Con la Encarnación, los términos Dios y hombre no designan ya dos realidades opuestas, sino unidas. Estas dos palabras son necesarias para nombrar a Alguien que ha vivido en esta historia humana:

²³ Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones* 8 y 14. Obras Completas, BAC, Madrid 1976, p. 494 y 499

²⁴ RH 14a

²⁵ Jn 1, 14

Jesucristo. De tal manera que podemos decir que la encarnación de Dios ha sido simultáneamente la divinización del hombre. Dios condesciende a ser hombre, para elevar a lo más alto al hombre. Cuando cada ser humano se haya encontrado con Cristo y aceptado la integración divina que la encarnación lleva consigo para todos los hombres, habrá alcanzado la plenitud suprema de criatura nueva, con la novedad que vienen de la creación nueva realizada por Cristo. ¿Qué hacer como miembros de una vida consagrada, en los que la consagración y la secularidad son claves para vivir el misterio de la Encarnación?

Hay dos categorías cristianas que son fundamentales para entender lo que vengo diciendo: me refiero a los significados de persona y amor. El cristianismo es llamado la religión del amor, pues creemos en un Dios con una iniciativa generosa hacia el hombre, que le constituye en persona por la llamada, envío y alianza con Él. Por otra parte, el ser humano vive religado con Dios en una reciprocidad de destino, pues Dios mismo se da al hombre como fin último de su vida, desde una historia de amor conjuntamente vivida. Es en esta hermosa historia de amor, donde el hombre ha descubierto su condición teologal, su origen reside en la creación amorosa del ser humano y el fin se encuentra en la vida eterna prometida. En esta preciosa historia, hecha con amor, en la que todos los hombres estamos insertos, el diálogo entre Dios y el hombre, la solidaridad de destino, la manifestación de lo que ha de ser el hombre, se ha expresado con palabras y hechos definitivos en la persona de Jesucristo. Nos dice Romano Guardini: *«Si la persona es justamente eso: el yo del hombre, que llega a sí en la relación del Tú con Dios, la identidad que nace tan pronto como el Cristo pneumático surge en ella y la lleva a la relación de hijo e hija con el Padre, entonces esto significa, algo de un rango tan elevado, que es incomparable con ningún fenómeno de este mundo»*²⁶.

A través de cuatro páginas del Evangelio deseo transmitir lo que, a mi modo de ver, debiera ser expresión del misterio de la Encarnación:

1. Saber oír las necesidades más profundas de los hombres²⁷. El texto del ciego de Jericó, el hijo de Bartimeo, es expresión de esa manera de escuchar de Jesús. Aunque, incluso, pueda existir quien impida que se oigan esas necesidades, como en el caso del ciego y como es normal en la vida y en la historia de los hombres: *«Al oír que pasaba Jesús el Nazareno, comenzó a gritar: ¡Jesús hijo de David, ten compasión de mí! Y muchos lo increpaban para que se callase, pero él gritaba mucho más»*²⁸. Por vuestra consagración, secularidad y apostolado, debéis tener y posibilitar la misma actitud que Jesús: *«¡Llamadlo!...Y Jesús le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego respondió: Señor, que yo vea»*²⁹. Debéis estar en medio del mundo para saber decir con vuestra vida: ¿qué quieres que haga por ti? Resulta lo más apasionante que a un ser humano le puede suceder. Y si, además, lo hacemos desde la misión que el Señor nos ha encomendado de un modo singular por la consagración, resulta mucho más apasionante.

2. Saber mirar a las personas con la mirada de Jesús³⁰. ¡Qué importante es la mirada! ¡Qué importancia tiene en nuestra vida la mirada de Jesús! El modo de ser y de hacer de Jesús nos traduce la mirada de Dios. Hay que saber descubrir y entregar esa mirada profunda, personal y cordial manifestada en Jesús. *«Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida*

²⁶ Romano Guardini, *Mundo y Persona*, Madrid, 1963, p. 243

²⁷ cf. Mc 10, 46-52

²⁸ Mc 10, 47-48a

²⁹ Mc 10, 49-51

³⁰ cf. Lc 19, 1-10

eterna»³¹. Si propongo el texto de Zaqueo para contemplar la mirada de Jesús, es porque en él hay dos miradas; la de Zaqueo, que es una mirada curiosa: *«Quería ver a Jesús para conocerlo, mas no podía a causa de la gente, porque era pequeño de estatura. Se adelantó y subió a un sicómoro, para poder verlo, porque iba a pasar por allí»*³². Y la mirada de Jesús, que es una mirada salvadora. ¡Qué profundidad tienen su mirada y sus palabras!: *«Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa. Bajó en seguida, y lo recibió gozoso»*³³. Aquella mirada salvadora cambió su existencia; de una vida vivida para sí mismo, entró en la dinámica de una existencia para los demás. ¿Encontramos la necesidad de que los hombres y mujeres de nuestro tiempo experimenten esta mirada salvadora hoy, en medio del mundo en el que viven?

3. Saber dialogar con los hombres desde donde están y viven³⁴. El encuentro del Señor con la samaritana en el pozo de Jacob, es un diálogo que debiera ser arquetipo respecto del que cada uno de nosotros mantengamos con los hombres. No va buscando su interés. El Señor, siendo judío y ella samaritana, con la rivalidad que existía entre ambos pueblos, quiere hacer sentir a la mujer que tiene necesidad de su ayuda. Hay que ser de muy mala calaña para ver a otro inmerso en una necesidad y no responderle, ni asistirle. Pero, a través de aquél encuentro y diálogo, el Señor le hace ver a aquella mujer su verdadera necesidad: necesita vivir en la verdad de su vida y sin engaños. De ahí la respuesta de la samaritana: *«Dame, Señor, esa agua, para no tener sed ni venir aquí a sacarla»*³⁵, y la apertura de esta mujer ante Jesús para situarse en la verdad de su vida: *«Anda, llama a tu marido y vuelve aquí. La mujer respondió: No tengo marido. Le dice Jesús: Muy bien has dicho que no tienes marido, porque tuviste cinco maridos, y el que ahora tienes no es marido tuyo; en esto has dicho la verdad»*³⁶. Sin embargo, lo más importante es que este diálogo lleva a la mujer a encontrarse con el Señor: *«Le dice la mujer: Sé que vendrá el Mesías, el llamado Cristo; cuando Él venga nos aclarará todo. Le dice Jesús: Soy yo, el que habla contigo»*³⁷. Este diálogo modélico de Jesús con la samaritana tiene mucho que ver con lo que el Papa Juan Pablo II nos decía de la nueva evangelización, que ha de ser nueva en ardor, método y expresión. Contemplar al Señor desde aquí, deviene de gran importancia para quienes tienen que entrar en diálogo con los hombres concretos de su tiempo y entregarles la persona misma de Jesucristo.

4. Saber estar en medio del mundo describiendo el itinerario del buen samaritano³⁸. Esta parábola tiene una fuerza especial, pero la tiene aún mayor para quienes formáis parte de un Instituto Secular, por vuestra consagración, secularidad y apostolado, pues entiendo que posee una hondura que afecta a vuestras vidas de un modo particular. Porque el buen samaritano pone todo lo que es y todo lo que tiene a disposición de quien se encuentra tirado y abandonado; le da su tiempo, le da su saber, lo cura, se pone a su disposición, lo lleva en su cabalgadura a una posada para que lo cuiden y entrega dinero para su cuidado... En definitiva, el buen samaritano salva al hombre, porque de lo que se trata es de regalar la salvación y de dar la vida a quienes en medio del mundo están siendo asaltados. Habéis sido consagrados en el siglo para curar a quienes están siendo acometidos y no se les reconoce su dignidad. Consagrados para mostrar el rostro de Jesús en medio de los hombres, en su historia concreta, y hacer sentir la mano del Salvador en la mano amiga que salva, cuida y ama. Ante aquella pregunta que le hizo a Jesús un doctor de

³¹ Jn 3, 16

³² Lc 19, 3-4

³³ Lc 19, 5b-6

³⁴ Jn 4, 7- 26

³⁵ Jn 4, 15

³⁶ Jn 4, 16-18

³⁷ Jn 4, 25-26

³⁸ Lc 10, 30-37

la ley _ ¿y quién es mi prójimo?_, Jesús respondió con la intensa fuerza contenida en la parábola del buen samaritano para decirle: «*Anda y haz tú igual*»³⁹.

3.4. Estructura eucarística de la consagración-secularidad

Recordemos unas palabras del Concilio: «*Así, la Iglesia, a la vez grupo visible y comunidad espiritual, avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena el mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios...La Iglesia, al buscar su propio fin salvífico, no sólo comunica al hombre la vida divina, sino que también derrama su luz reflejada en cierto modo sobre todo el mundo, especialmente en cuanto que sana y eleva la dignidad de la persona humana, fortalece la consistencia de la sociedad humana, e impregna de un sentido y una significación más profunda la actividad cotidiana de los hombres. La Iglesia cree que de esta manera, por medio de cada uno de sus miembros y de toda su comunidad, puede contribuir mucho a humanizar más la familia de los hombres y la historia*»⁴⁰. Y en esta afirmación de lo que el Concilio Vaticano II vio que debía ser la relación mutua entre la Iglesia y el mundo, quiero traer a colación lo que hace muy poco tiempo nos decía el Papa Benedicto XVI: «*Por el Sacramento eucarístico Jesús incorpora a los fieles a su propia 'hora'; de este modo nos muestra la unión que ha querido establecer entre Él y nosotros, entre su persona y la Iglesia. En efecto, Cristo mismo, en el sacrificio de la Cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo...El contemplar 'al que atravesaron'(Jn 19, 37) nos lleva a considerar la unión causal entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia. En efecto, la Iglesia 'vive de la Eucaristía'. Ya que en ella se hace presente el sacrificio redentor de Cristo, se tiene que reconocer que hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia. La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo...La Eucaristía es, pues, constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia*»⁴¹.

Sabemos que del costado abierto de Cristo tiene su origen la Iglesia y los Sacramentos. Para entender y captar toda la profundidad de la institución de la Eucaristía, no basta el hecho de la Última Cena, pues las palabras pronunciadas por Jesús son anticipación de su muerte. De tal modo, que esas palabras, convierten el hecho de su muerte en un suceso de amor, transformando su sin sentido en el nuevo sentido que nos abre a la vida. Esto manifiesta que esas palabras no son meras palabras, sino que fueron descifradas gracias a la realidad de la muerte que les dio trascendencia y les otorgó una capacidad creadora que supera la temporalidad. Si la muerte hubiera precipitado a Jesús en el vacío, sus palabras hubieran quedado en simple pretensión, no se hubiera podido presentar algo que es fundamental: que su amor es más fuerte que la muerte, que el sentido tiene más poder que el sinsentido. Si es que no hubiera habido resurrección, la muerte hubiera sido un vacío y sus palabras habrían quedado en nada de nada. Estas palabras fueron pronunciadas desde la plenitud divina y por ello se extienden más allá de la muerte. Y así, quedan enlazadas la Palabra, la Muerte y la Resurrección.

De ahí que la Eucaristía está lejos de ser una simple comida, pues ha costado una muerte, y cuando la celebramos hemos de considerar la seriedad de tal misterio y el terror ante el misterio de la muerte, que se hace presente entre nosotros. Pero, al mismo tiempo, también se hace presente el hecho de que la muerte ha sido vencida por la Resurrección. Y en ese sentido podemos celebrar la muerte como fiesta de la vida, como la gran transformación del mundo. La Eucaristía desciende hasta el abismo de la muerte y abre el

³⁹ Lc 10, 37b

⁴⁰ GS 40

⁴¹ Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, n. 14 y 15

camino a una vida que supera la muerte. En este sentido la Eucaristía es sacrificio, actualización del sacrificio de la Cruz de Jesucristo. Qué impresionante resulta contemplar cómo es Dios mismo quien se nos da para que nosotros podamos dar. Sacrificio, comunión, fraternidad, creación nueva, resurrección, todas estas palabras evocan en nuestra vida una realidad vivida en la celebración e la Eucaristía. En el sacrificio de Cristo la iniciativa procede de Dios. La Eucaristía no es la simple acción de una comunidad, ya que hemos recibido del Señor lo que le ha sido regalado a la única Iglesia. La Eucaristía es el sacramento de quienes se han dejado reconciliar por el Señor, forman parte de su familia y así se ponen en sus manos. Esto exige unas condiciones para poder participar en ella, entre otras que uno ya se haya incorporado al misterio de Jesucristo. En la Eucaristía se hace patente aquello que Santo Tomás pronunció en la homilía de la fiesta del Copus Christi, tomando un texto del Deuteronomio: «¿Qué nación hay tan grande, que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está de nosotros nuestro Dios?»⁴²

La presencia del Señor en la Eucaristía es la presencia del verdadero Dios y del verdadero Hombre que ha muerto y ha resucitado; es una presencia que nos atrapa y nos absorbe y nos introduce en ella. Frecuentemente recuerdo aquella expresión de San Agustín después de su conversión; está llena de sugerencias y de realismo, cuando cuenta en las Confesiones una especie de visión que tuvo, donde una voz le decía: «Yo soy el pan de los fuertes, ¡cómeme! Pero no serás tú el que me transformes a mí, sino que seré yo quien te transformaré a ti en mí»⁴³. ¡Qué bueno es recordar aquí lo que nos sucede en la vida!: en las comidas que hacemos somos nosotros quienes tomamos las cosas y las asimilamos, de tal manera que llegan a formar parte del propio ser de cada uno. Sin embargo, ¡qué diferencia más grande con lo que nos sucede en la celebración de la Eucaristía cuando comulgamos! En esa relación el centro es Él, es el verdadero protagonista, y, por eso, cuando comulgamos, quedamos despojados de nosotros mismos y asimilados a Él; somos hechos uno con Él y a través de Él uno con la comunidad de los hermanos. Jesús es absoluta entrega de sí mismo, es Él quien se regala y lo hace desde su amor; por eso, comulgar es entrar en comunión con Jesucristo y significa entrar por Él, el único que pudo superar los límites y llevarnos a un horizonte de apertura con Él. Para una persona que vive la consagración-secularidad-apostolado, tener despierta permanentemente la alegría de la cercanía de Dios a nosotros y la grandeza de poder entrar en comunión real con Él, es el don más grande, para permanecer como el Señor en la perfecta caridad y viviendo esto en medio de los historia de los hombres.

La Eucaristía nos posibilita:

1. **Vivir en fortaleza**, sabiendo dar la vida por los demás desde el amor que nos viene del Señor.
2. **Vivir en la alegría**, y, por tanto, felices porque se percibe que Dios cuenta con nosotros y tiene la amabilidad de acercarse a nuestra vida y ocuparla.
3. **Vivir desde el Amor**, el amor más grande que es el de Dios mismo, que ocupa nuestra vida: «No soy yo, es Cristo quien vive en mí».
4. **Vivir en la confianza**, pues es Dios mismo el que se nos revela Jesucristo, que se hace confidente conmigo y me pide que viva en la confianza de saberme en manos de Dios; que supera la confianza del abandono en Dios y hasta del que pueda tener un niño por su madre, cuando le pregunta: ¿A

⁴² Dt 4, 7

⁴³ San Agustín, *Confesiones*, VII 10, 16

dónde vas? Y ella contesta: a ninguna parte. Y el niño le responde: pues voy contigo. Más que esto, es ponerse en las manos de Dios.

5. **Vivir en esperanza**, espero todo en Dios y de Dios. Cuando todo se oscurece en la vida sé que Dios tiene luz para mí y que me la dará cuando Él quiera.
6. **Vivir en la humildad**, que San Bernardo explica tan extraordinariamente: 1) humildad suficiente: someterse al mayor; 2) humildad abundante: someterse al igual; 3) humildad sobreabundante: someterse al menor.
7. **Vivir en la paciencia**, dar tiempo, tener tiempo, vivir en fe, dejarse cuidar por Dios, saber que es Dios quien tiene su turno y es dueño de las horas como lo es de la vida. El que hace crecer es Dios mismo.
8. **Vivir en la prudencia**, que es tener sabiduría práctica, es vivir siendo moderado, constante, imperturbable aunque cueste, feliz en el fondo; capaz de superar la tristeza con la fe en Dios, sabiendo comportarse como es menester en todo momento.

4. Conclusión

Concluyo esta reflexión diciéndoos algo que siento en lo más hondo del corazón, después de haber profundizado más aún en lo que son los Institutos Seculares: Mirad vuestra vida. Contemplad en la hondura de vuestro corazón la consagración realizada, vivida en la secularidad. Entonces entenderéis que *«mejor es dar que recibir»*. Son palabras de Jesucristo dichas a todos los hombres y para vivirlas en medio de la historia. Sí, mejor es dar, sacrificarse por el prójimo, darlo todo por él, hasta la propia vida. Mejor es entregar por amor cuanto se tiene. Y mucho mejor hacerlo cuando se tiene el Amor de Dios en el corazón, pues un amor que nada retiene, todo lo da. Mejor es consolar al otro, socorrerlo, enseñarle, que encuentre reposo en nosotros, darle salud y gracia. Mejor es realizar aquello que dice San Pablo: *«Hacerse todo para todos, a fin de ganarlos para Cristo»* (1 Cor 9, 22).

¡Qué belleza tiene la vida humana cuando hay derroche de generosidad, olvido de uno mismo, empeño por enriquecer al otro! ¡Qué alegría más grande cuando esto se hace! ¡Qué paz tiene el corazón cuando se consume aquello de *«mejor es dar que recibir»*!

Vuestra medida es la de Jesucristo mismo: la entrega en la vida y en la historia concreta de los hombres.

+ Carlos, Arzobispo de Oviedo